

Nuevos escenarios en el circuito de intercambios de época colonial: los vados del Tajo

JUAN PEREIRA SIESO

Facultad de Humanidades. UCLM. Área de Prehistoria. Toledo

191

En las dos últimas décadas se ha recuperado en el sector occidental del valle del Tajo, tanto en excavaciones como en revisiones historiográficas, un registro arqueológico que se interpreta como el resultado de un proceso de contacto y reelaboración por las comunidades indígenas de una serie de elementos e influjos de procedencia colonial.

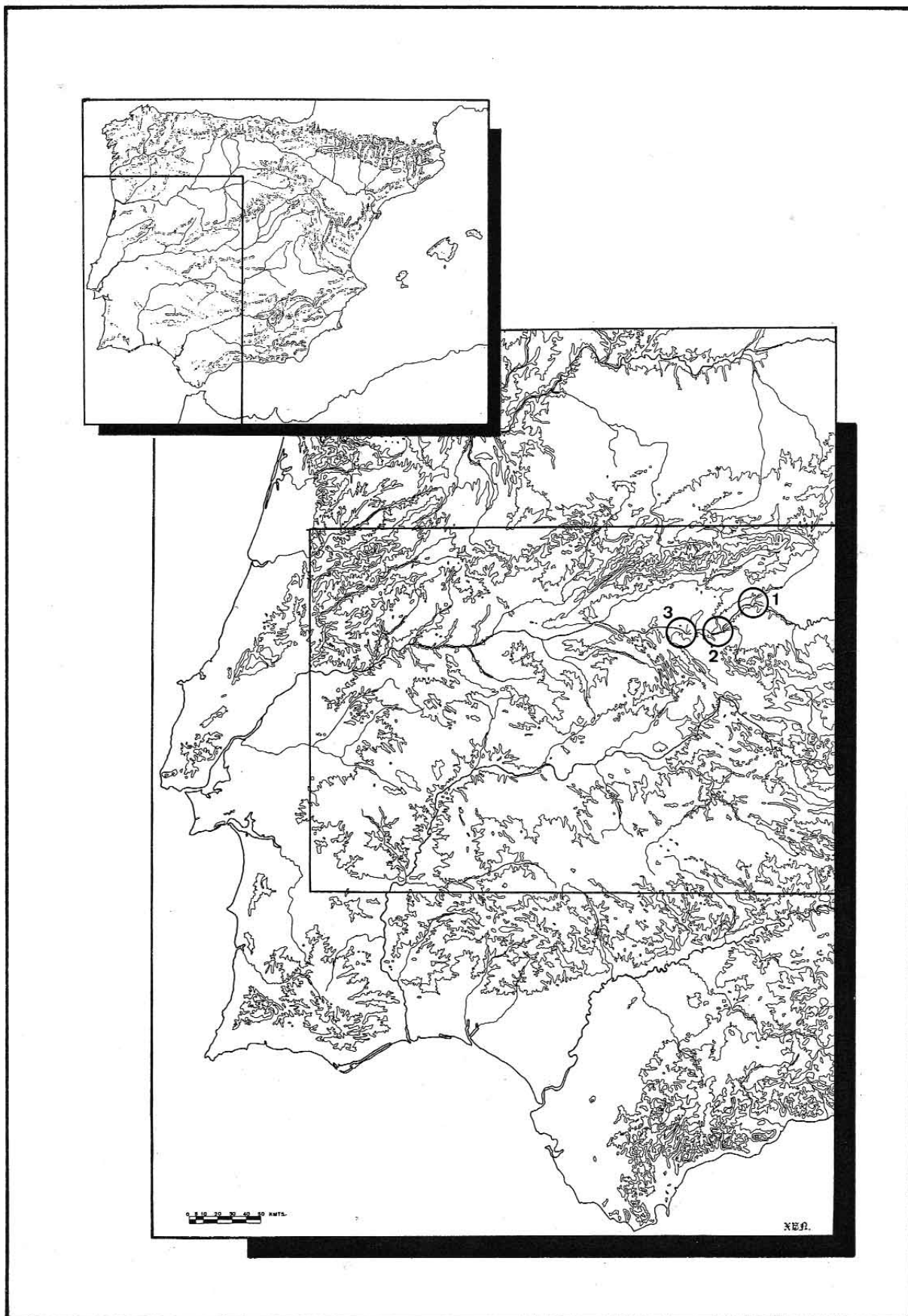
La llegada, aceptación y reelaboración de estos influjos, según los condicionantes de cada comunidad, se desarrolló en un proceso dialéctico, en el que las respuestas que se generaban en el seno de los grupos indígenas condicionaban y modificaban los sucesivos procesos de contacto e interacción. Este proceso no se puede separar del marco geográfico en el que se desarrolla, caracterizado entre otras cosas por la confluencia estratégica de los vados que permiten cruzar el Tajo, cuyo curso es a la vez frontera y vía de comunicación.

Como se ha señalado en otros foros, las manifestaciones del proceso de interacción que caracterizan el periodo orientalizante parecen sugerir un escenario en el que en un periodo de tiempo que abarca desde los siglos VIII al VI a.C., se produjeron distintos procesos de aculturación con un cierto matiz de convergencia formal entre comunidades tan alejadas como las del territorio tartésico clásico y las de su *hinterland*, como el valle del Tajo. El desarrollo de estos procesos en el sector occidental del valle del Tajo, en la transición de la provincia de Toledo a la de Cáceres, configura los objetivos de un proyecto de investigación que desde hace unos

años se viene desarrollando, a partir de un registro arqueológico, fragmentario, escaso, excepcional aunque aislado, y en ocasiones ambiguo o sujeto a diferentes transformaciones (Fernández-Miranda, Pereira, 1992).

La mayoría de los elementos que presentamos en este trabajo ya han sido publicados, pero en el marco del proyecto de investigación que hemos señalado veremos como se articulan como jalones de un proceso de contactos entre comunidades indígenas y grupos o individuos procedentes de territorios caracterizados por una influencia colonial más directa. El elemento que enmarca este proceso está vinculado a las características geográficas del relieve de los territorios noroccidentales de la Meseta Sur, en la que se localizan tres vados que permiten el cruce del río Tajo hacia los valles y los pasos de la vertiente sur de Gredos, que permiten acceder a los territorios de la cuenca del Duero.

Estos tres vados del Tajo se localizan con una distribución bastante regular por lo que se refiere a la distancia entre ellos en la transición de las tierras toledanas a las cacereñas (véase mapa). El primero de ellos se localiza en la confluencia del Alberche en el Tajo en las cercanías de Talavera de la Reina (Álvarez Sanchís, 2003), pasando por el de Puente Pinos en la confluencia del río Uso con el Tajo en las cercanías de Alcolea de Tajo (Chapa, Pereira, 2006) y situándose el tercero en las inmediaciones de la antigua población de Talavera la Vieja, en la actualidad bajo las aguas del embalse de Valdecañas (Jiménez Ávila, González, 1999).



Localización de los vados del Tajo. 1: Talavera de la Reina. 2: Puente Pinos. 3: Talavera la Vieja.

La principal característica de las comunidades instaladas en estos territorios durante el Bronce Final es su pérdida de visibilidad en el registro arqueológico, tanto por la escasez de los asentamientos y el abandono de poblados anteriormente ocupados, como por la desaparición en los territorios occidentales peninsulares del registro arqueológico funerario, debido probablemente a rituales, como la deposición del cadáver en las aguas, que no dejan huella en el registro arqueológico (Ruiz-Gálvez, 1995).

Estrictamente no se puede hablar de un descenso del contingente demográfico sino más bien de un patrón de asentamiento más difuso con ocupaciones más cortas, que son más difíciles de detectar en el registro arqueológico. Vinculadas directamente a los asentamientos, las estructuras funerarias son un elemento simbólico y visual que refuerza la vinculación y reclamación de derechos de propiedad sobre un territorio, frente a los extraños. Cuando la ocupación de un territorio es de tipo estacional o difusa, la función de los rituales, cuyas evidencias materiales modelan o configuran el paisaje, deja de tener sentido. En las comunidades de los territorios occidentales el modo de vida se va a caracterizar por un fuerte componente de movilidad, debido a una orientación económica en la que la ganadería tendría un mayor protagonismo, con una agricultura de subsistencia en las inmediaciones de los asentamientos, que se completaba con el aprovechamiento de un recurso tan abundante en el ecosistema de la zona como las bellotas. Estas no solo se aprovecharían de modo estacional sino que serían el recurso principal en los primeros momentos de ocupación de sucesivos pastos en un circuito de explotación de un amplio territorio a largo plazo.

Durante la fase Ría de Huelva del Bronce Final comienza a hacerse evidente la transformación de los modos de vida de las comunidades autóctonas, caracterizados por un fuerte índice de movilidad, que comienzan a territorializar su espacio. El interés por los puntos de acceso a un territorio muestra el interés por controlarlo y las relaciones de distinto tipo que produzcan en él. El marco en el que se desarrolla este proceso se caracteriza por la intensificación de los primeros contactos con influjos externos, fruto de la posición de confluencia de los territorios peninsula-

res entre los ejes de expansión de las metalurgias atlántica y mediterránea.

Las evidencias del registro arqueológico nos muestran como en el entorno de los vados del Tajo se puede constatar este proceso de territorialización a partir de una serie de elementos vinculados directamente con la metalurgia del horizonte Ría de Huelva. En el caso del vado de Talavera de la Reina cabe destacar los hallazgos metálicos de su área de influencia, como el hacha de apéndices laterales y los moldes metalúrgicos de Arroyo Manzanas (Urbina, Urquijo, García Vuelta, Sánchez, 1992) y el puñal de bronce de «lengua de carpa» de Carpio de Tajo (Jiménez de Gregorio, 1966).

En el vado de Talavera la Vieja se documentaron materiales procedentes de dos contextos arqueológicos diferentes, que se corresponden por un lado con hallazgos de tipo casual efectuados durante una de las bajadas de nivel del embalse de Valdecañas. Esta circunstancia, su permanencia bajo las aguas y la posterior bajada del nivel durante la sequía de 1995, afectó de manera importante a la conservación de los contextos arqueológicos, que proporcionaron entre otros materiales los fragmentos correspondientes al menos a tres fíbulas de codo de bronce tipo Huelva (Jiménez Ávila, González, 1999: 183-184) valoradas como pertenecientes al grupo más antiguo de este tipo de fíbulas del repertorio peninsular (Carrasco, Pachón, 2006). Completa este panorama de los momentos finales del Bronce Final las referencias del hallazgo en el vado de Puente Pinos, situado en la confluencia del Uso con el Tajo, de dos espadas de bronce (Ruiz-Gálvez, Galán, 1991).

Todos estos elementos citados se asocian a la metalurgia del llamado grupo Ría de Huelva, al que pertenecen las espadas procedentes del Carpio de Tajo y del vado de Puente Pinos vinculados a los contactos con el mundo atlántico, mientras que las piezas adscritas al adorno personal, como las fíbulas de codo del vado de Talavera la Vieja, valoradas como precedentes de sus paralelos en el depósito de la Ría de Huelva, se corresponden con la llegada de los primeros productos de clara influencia mediterránea oriental. Las espadas del Tajo representan un tipo de hallazgo característico del Bronce Final

que ha sido estudiado detalladamente por Ruiz-Gálvez (Martín, 1998), quien lo asocia al intento simbólico y material de controlar en ciertas regiones del suroeste aquellos puntos de acceso a territorios o a vías de comunicación. Son puntos cuyo control es una fuente de poder, de modo que serían escenarios donde a través de ceremonias de exhibición de riqueza y renovación de vínculos con los antepasados se reclaman derechos para establecer controles, peajes, etc., sobre los puntos de paso.

Junto con las espadas, el segundo objeto más conocido son las hachas, entre las que cabe destacar las de talón con una o dos anillas y las de apéndices laterales, como la de Arroyo Manzanas, que junto con las espadas parecen haber circulado a través de redes de intercambio de objetos de prestigio. Son objetos de larga duración, lo que plantea dificultades para su atribución cronológica exacta, con un importante valor simbólico aparte del funcional. Este valor va unido al de ser la manifestación de la acumulación de metal por parte de su propietario. Esto explica su utilización en los rituales de deposición en las aguas, o la aparición de las hachas enteras o partidas en puntos estratégicos de las vías de comunicación (Galán, 1993). En el caso del ejemplar de Arroyo Manzanas sus características tipológicas y tecnológicas permiten encuadrarla en el Bronce Final, con una cronología entre los siglos VIII y VII a.C. que no entra en contradicción con la presencia en el mismo yacimiento de crisoles y moldes de arcilla para regatones y puntas de flecha a los que se les ha atribuido una cronología más reciente, ya que los regatones son elementos metálicos característicos del Bronce Final (Montero, Velasco, 2001-2002: 9).

Otra de las manifestaciones vinculadas al proceso de consolidación del patrón de asentamiento que caracteriza estos momentos son las llamadas «estelas de guerrero», de las que contamos con cinco ejemplares en los territorios aledaños de los vados del Cerro de la Mesa y Talavera de la Reina. Los ejemplares conocidos hasta el momento (fig. 1) proceden de Aldeanueva de San Bartolomé (Pacheco, Moraleda, Alonso, 1999), Herencias (Fernández-Miranda, 1986), Arroyo Manzanas (Moreno, 1990a) y Barranco del Águila (Portela, Jiménez, 1996), y

constituyen por sí mismos un conjunto con la suficiente entidad para configurar el límite oriental de la distribución de este tipo de elementos iconográficos en el valle del Tajo.

El núcleo central de las estelas sería según algunos autores (Pavón, 1998), las penillanuras cacereñas entre el Tajo y las sierras de San Pedro y Montánchez, estableciéndose una cierta correlación entre este núcleo central y los recursos mineros de las penillanuras. Algunos autores como Celestino (2001) consideran que su interpretación como marcadores de vías de comunicación no es la que más se ajustaría a su verdadera funcionalidad y significado. En la misma línea Escacena (2000) propone que si bien la distribución de las estelas vista desde fuera de las comunidades que las utilizan muestra una vinculación con vías y puntos de comunicación, no es menos cierto que por lo general las distintas comunidades que las utilizan se vinculan en su utilización del territorio a las vías de comunicación. En estos territorios las comunidades que las utilizan y se sirven de ellas están experimentando un proceso de jerarquización. Los individuos o grupos que emergen de esta jerarquización son los que controlan los distintos circuitos o redes de intercambio, lo que explicaría las semejanzas iconográficas de los distintos grupos de estelas, que comparten los mismos códigos de exhibición de estatus.

Las diferencias en la distribución de las estelas en las cuencas del Tajo y el Guadiana, cuya proyección temporal conlleva un programa iconográfico cada vez más complejo, parece corresponderse con movimientos poblacionales que, tomando como ejes los dos ríos, se orientan hacia la Meseta y el valle del Guadalquivir, en los que se advierte una cierta gradación o diferencia entre la cuenca del Guadiana y la del Tajo, constatándose una cierta marginalidad de esta última frente a la del Guadiana. Los cinco ejemplares toledanos que se conocen por el momento parecen ilustrar ese movimiento poblacional que pretende controlar los vados de este sector de la cuenca del Tajo, y que parece conseguirse con toda claridad en el caso de Talavera de la Reina. No hay por lo tanto que descartar que en un futuro se localicen en el caso de los otros dos vados la evidencia del control y cruce de los mismos, como parece confirmar el registro ar-

queològic documentat en ambes marges del riu en època immediatament posterior. Así pues, en este momento, que alguns autors caracteritzen amb el apelatiu de precolonial (Portela, Jiménez, 1996), les comunitats del sector occidental del vall del Tajo semblen prioritzar en el seu patró de poblament el control dels punts de creu del riu, vèrtexs d'atracció en els circuits d'intercanvi que es modificaran de manera important al entrar com a catalitzador dels mateixos la expansió comercial dels assentaments colonials fenicis (Aubert, 1991).

En el marc d'una paulatina decadència dels contactes amb el món atlàntic i l'auge propiciat per la intensificació dels contac-

tos en quantitat i qualitat amb el món colonial, els grups indígenes van a experimentar importants transformacions. Liderats fins a aquest moment per una classe identificada en el programa iconogràfic de les estelas, es veuran immersos en una coyuntura favorable que propicia no només la intensificació dels contactes sinó que refuerza el procés de territorialització i reorganització dels recursos econòmics bàsics d'aquests territoris com els ganaders i miners, a les que hauria de sumar també les directament relacionades amb la renovació de la producció agrícola (Ruiz-Gálvez, 1995: 154). La intensificació dels contactes exteriors, l'expansió econòmica i poblacional i l'augment de la capacitat d'acumular



Figura 1. Estelas de guerrero.
1: Barranco del Águila.
2: Arroyo Manzanas. 3: Las Herencias. 4: Aldeanueva de San Bartolomé I. 5: Aldeanueva de San Bartolomé II.

riqueza, desencadenará la competitividad entre diferentes comunidades, así como la necesidad de un mayor control del territorio, que se plasmará en un modelo de poblamiento más estable (Martín, 1999).

El proceso de territorialización se va a configurar en un poblamiento caracterizado por hábitats situados en puntos dominantes o estratégicos como los vados, sin descartar el carácter estacional o temporal de algunas de estas ocupaciones. Esta territorialización se enmarcará en el denominado periodo orientalizante, durante el cual, al igual que otros territorios peninsulares, las cuencas del Guadiana y del Tajo se integran en un nuevo marco económico que se configura a partir de las relaciones que se establecen entre el mundo colonial fenicio y las comunidades autóctonas peninsulares. Hasta el momento se viene manteniendo por un sector de la investigación como eje principal de la llegada para estos territorios del fenómeno orientalizante, que con una orientación Sur/Norte se proyectará desde los asentamientos fenicios del suroeste peninsular hacia los territorios extremeños. En esta propuesta se sugiere que la densidad y distribución de los asentamientos se va haciendo cada vez más reducida en su progresión hacia el norte, de modo que según nos vamos aproximando al curso del Tajo, la presencia del fenómeno orientalizante se localiza en puntos concretos que faciliten o controlen los intercambios con los territorios de la cuenca del Tajo. Esto explicaría el interés por establecer fuertes vínculos con las comunidades indígenas que controlan territorios estratégicos por sus recursos o sus accesos (Fernández-Miranda, Pereira, 1992; Portela, Jiménez, 1996).

Sin embargo, en el momento actual de la investigación asistimos a una progresiva matización de la interpretación del desarrollo y características de la colonización fenicia en las costas meridionales y occidentales de la Península, en la que se va admitiendo un mayor protagonismo a los enclaves fenicios portugueses (Arruda, 2000) en detrimento de una Vía de la Plata orientalizante como eje Sur/Norte. En esta propuesta de interpretación se considera que la penetración de las influencias orientalizantes en el occidente peninsular debió de ser más factible siguiendo un eje Oeste/Este, por las cuencas del

Sado-Guadiana, Tajo y Mondego, ya que existen mayores dificultades de comunicación desde el área nuclear tartésica hacia Extremadura, atravesando el Guadalquivir y Sierra Morena siguiendo el reseñado eje Sur/Norte. Un acceso más fácil a las metalizaciones de oro y estaño de las cuencas del Tajo y el Guadiana sería el motivo principal de esta trayectoria alternativa.

En el territorio que nos ocupa contamos con la evidencia de la llegada de distintos elementos encuadrados en el establecimiento de nuevos circuitos de intercambio del periodo orientalizante. En el vado más occidental contamos con los hallazgos de Talavera la Vieja (Celestino, Blanco, 2006), localizados de manera casual, y valorados inicialmente como un tesoro de época orientalizante. Un análisis más detallado de los materiales depositados en el Museo de Cáceres, permite suponer su correspondencia con ajuares funerarios, de una necrópolis de incineración, relacionados con la presencia de estructuras de encachados con paralelos en la necrópolis de Medellín (Martín, 1999: 151). El conjunto de materiales encontrado constaba de ocho vasos cerámicos, entre los que destaca una urna o ánfora, en cuyo interior se encontró un conjunto de joyas de oro y plata junto con restos de cenizas y huesos. El avance del estudio del conjunto de los restos antropológicos, cuyo contexto por el momento no se localiza con precisión, señala la presencia de restos de individuos adultos de ambos sexos y un infantil. La falta de contexto claro debido a las circunstancias de su hallazgo y la ausencia de excavaciones que permitieran comprobar las características del mismo y su ubicación exacta, no permiten precisar la tipología del yacimiento y la distribución en el mismo de los distintos conjuntos de materiales.

El conjunto de piezas de joyería se clasifica por el momento en dos grupos. El primero integrado por arracadas de oro y plata decoradas con adornos en forma de «trompetilla», un escarabeo, un anillo y un sello de bronce decorado con un león, a los que se puede adscribir una lanza de bronce, constituirían el conjunto de cronología más antigua, que se fija en la primera mitad del siglo VII a.C., reforzada por la presencia de los vasos cerámicos que formaban parte del hallazgo (Martín, 1999: 155; Celesti-

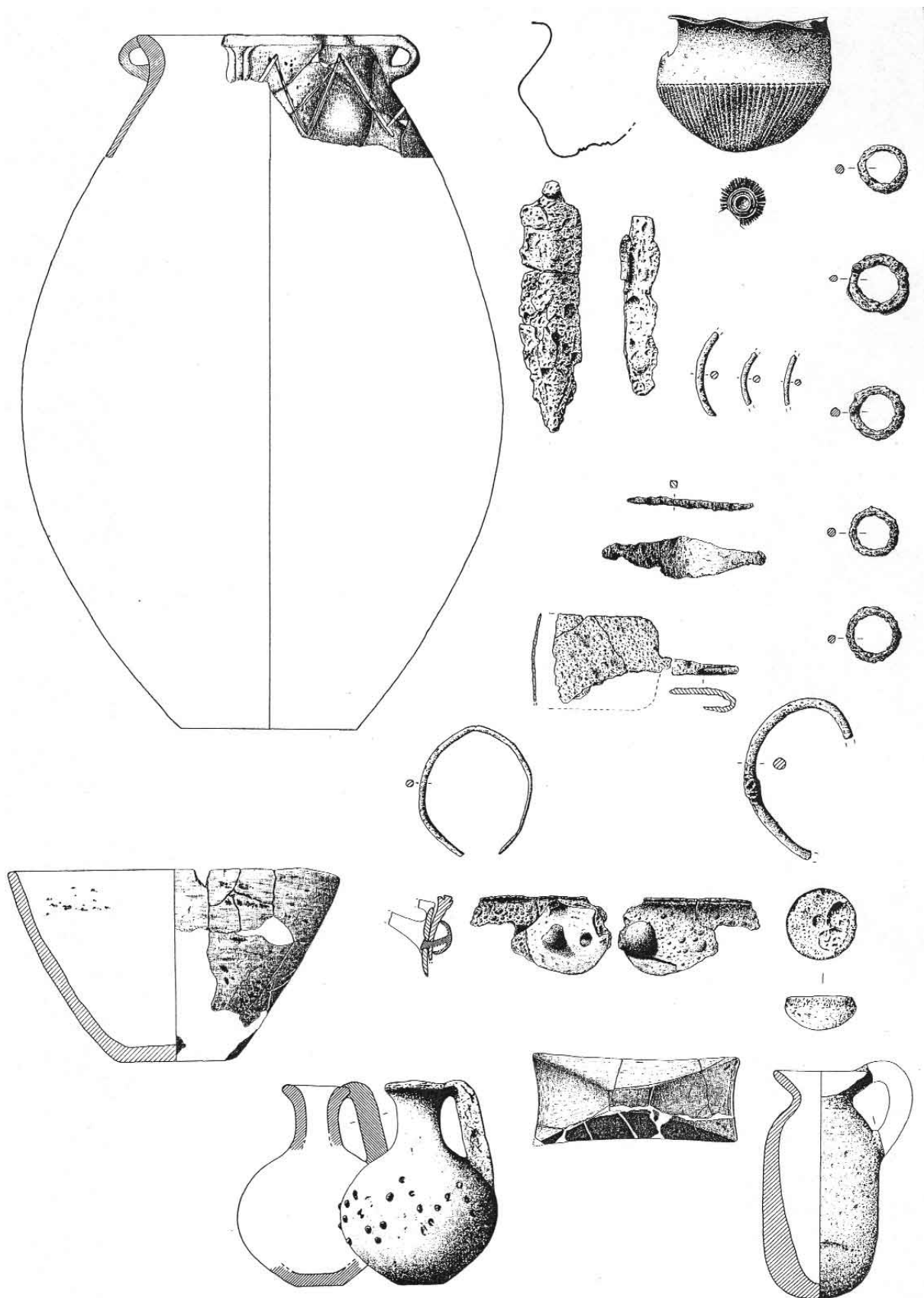


Figura 2. Ajuar de la tumba de la Casa del Carpio.

no, Jiménez, 2004). En el caso de las arracadas, se valoran como los elementos más antiguos de la joyería orientalizante (Martín, 1999: 152), anteriores al tesoro de la Aliseda (Bandera, 1989) y contemporáneas de las del tesoro de Gaio (Costa, 1973). El segundo conjunto estaría integrado por una arracada de oro decorada con capullos de flor cerrados y brazaletes arriñonados de oro y plata con una cronología más tardía.

En el área de influencia del vado de Puente Pinos, en la desembocadura del Gévalo en el Tajo, se documentó a partir de una excavación de urgencia en el lugar denominado Casa del Carpio, un volumen importante de restos arqueológicos en una compleja estructura funeraria que había sido recientemente expoliada, que inicialmente fue interpretada como un enterramiento de rango principesco (Pereira, De Álvaro, 1986; 1988; Pereira, 1989). El conjunto de información recuperada y los estudios efectuados hasta el momento han permitido reconstruir una tumba de planta rectangular y sección escalonada en tres niveles, en los que se documentaron los restos de los personajes enterrados y las evidencias materiales de su ajuar y de las ceremonias funerarias realizadas. Este registro muestra no solo un complejo panorama en cuanto a materiales arqueológicos, sino también en lo referente a lo ideológico, fruto de los procesos de contacto, interacción y reelaboración de las influencias del mundo colonial y las comunidades indígenas de estos territorios de la cuenca del Tajo.

En el nivel más profundo de la tumba se desarrolló la primera ceremonia del ritual funerario en el enterramiento de Casa del Carpio, consistente en el depósito del ajuar personal de los difuntos. El ajuar, integrado por una serie de objetos metálicos, recipientes de perfumes y cuencos pintados, fue depositado en el interior de un recipiente cerámico de perfil troncocónico que a su vez se encontró en el interior de una imitación a mano de un *pithos* del repertorio cerámico colonial fenicio. Este tipo de recipiente aparece en la costa malagueña tanto en hábitats como en contextos funerarios en el siglo VIII a.C., (Belén, Pereira, 1985; Delgado, Párraga, Ruiz, 1991) para utilizarse con mayor frecuencia como recipiente cinerario durante el siglo VII a.C., destacando en la fachada occidental de la

península Ibérica los ejemplares procedentes de Aliseda, Medellín (Almagro Gorbea, 1977) y Huerta del Murciano (Mérida) (Enríquez, Domínguez, 1991). En este caso conviene destacar su uso como contenedor del ajuar de los personajes inhumados y el hecho de tratarse de una imitación a mano de la forma colonial a torno, de la que solo conocemos tres casos en toda el área de expansión colonial. En la fachada atlántica contamos con el ejemplar de Santa Olaya (Figueira da Foz), donde se han documentado distintos tipos anfóricos a torno del horizonte colonial fenicio, como el *pithos* y una imitación a mano de este tipo cerámico (Santos, 1907), mientras que en la mediterránea se ha documentado este tipo de imitaciones en los Villares y Aldovesta (Mascort, Sanmartí, Santacana, 1991).

En el ajuar funerario (figura 2) de los personajes inhumados, que constaba de una serie de objetos de cerámica y metal, cabe destacar en primer lugar las piezas cerámicas, entre las que destacaban dos pequeños recipientes. La morfología del primero de ellos corresponde a la de los alabastrones documentados en los asentamientos coloniales entre los siglos VIII y VII a.C. Su función debió de ser la de contenedor de aceite perfumado, para uso personal o ritual. Una función parecida pudo tener la jarrita de pasta gris, con un perfil similar a algunas «redomas» andaluzas como la procedente de El Carabolo (Mata Carriazo, 1973). En el ejemplar de Casa del Carpio, hay que destacar su decoración en zig-zag a base de botones de cobre incrustados, sistema decorativo característico del Bronce Final de Andalucía (Pereira, 1989; Lucas R. 1995), que se extenderá hacia la Meseta Sur por una doble vía: la extremeña por Medellín y de allí a la cuenca del Tajo, y a través de Sierra Morena, como parecen indicar los hallazgos de Alarcos (Ciudad Real) (García Huerta, Rodríguez, 2000).

Completan los elementos cerámicos del ajuar dos cuencos a mano con restos de decoración pintada postcoCCIÓN y una pieza de funcionalidad desconocida, de forma rectangular con reborde como si fuera la tapadera de un recipiente, y de la que por el momento desconocemos la existencia de paralelos formales.

En cuanto a los elementos metálicos, un pe-

queño brazalete o pulsera de extremos abiertos y ligeramente apuntados pertenecería posiblemente a un individuo infantil, mientras que el resto formaría parte del ajuar personal de un adulto. Destacan en este conjunto los restos de un «brasero», una fíbula tipo Alcores, un broche de cinturón de un garfio, un brazalete y varios anillos, todos ellos de bronce. Una consideración especial por lo exótico de la materia prima empleada o la calidad de la manufactura, debieron merecer dos posibles cuchillos de hierro, un brazalete y un pequeño vasito de plata, que con toda seguridad se trata de importaciones.

En el caso de la presencia de objetos de hierro, las piezas de Casa del Carpio han sido valoradas hasta fecha muy reciente como unas de las más antiguas de la Meseta Sur, hasta la publicación de las fechas de C-14 de la necrópolis de Palomar de Pintado, en la que una tumba de la primera fase de la necrópolis, correspondiente con un enterramiento de incineración en urna con un ajuar formado por un brazalete de bronce y un cuchillo afalcado, se fecha en los inicios del siglo IX a.C. (Pereira, Ruiz Taboada, Carrobes, 2003). Esta cronología convierte el hallazgo de Palomar de Pintado en uno de los más antiguos de la Meseta Sur, junto con el escoplo de la Muela de Alarilla (Guadalajara) (Méndez, Velasco, 1986) y la pieza de la tumba 32 de Arroyo Culebro (Leganés, Madrid) (Penedo, Sánchez, Martín, Gómez, 2001). Tanto en el caso de la Muela, como en el de Arroyo Culebro, que cuenta con una fecha de termoluminiscencia que permite llevar su cronología al siglo IX, como en el de Palomar de Pintado los ejemplares de Casa del Carpio son valorados como claras importaciones, tanto para la Meseta Sur como para los ejemplares documentados en la Meseta Norte, vinculados en la mayoría de los hallazgos al horizonte Soto (Romero, Ramírez, 1996). Los ejemplares de Casa del Carpio se integran en la discusión científica sobre la temprana llegada de elementos de hierro a la Península, que cuenta con una serie de hallazgos en el área portuguesa sobre todo en Las Beiras, en las que se han documentado cerca de 30 hallazgos con fechas de C-14 anteriores al siglo IX a.C. (Vilaça, 2006). Estas altas cronologías se interpretan por algunos como el resultado del esta-

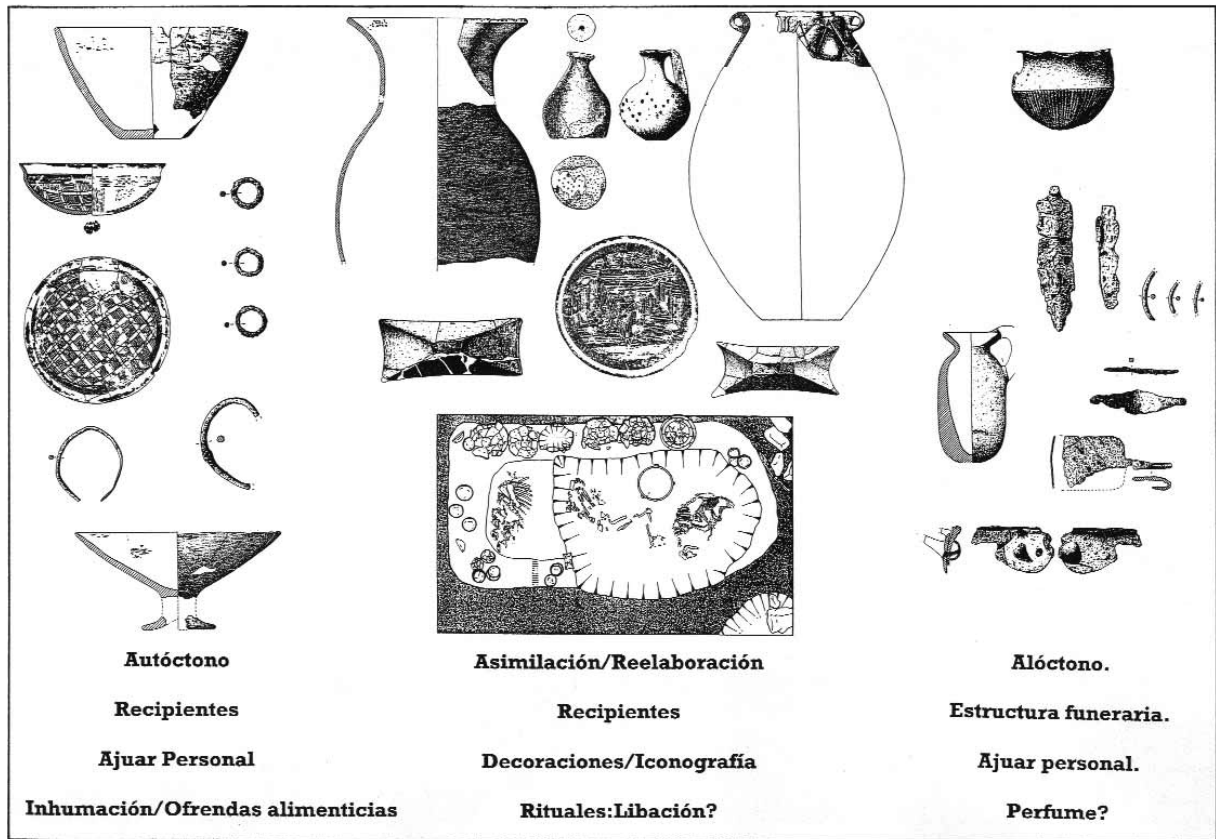
blecimiento de redes indígenas de intercambios comerciales atlántico-mediterráneos (Ruiz-Gálvez, 1998) o, como defienden otros, de una secuencia de contactos precoloniales (Almagro Gorbea, 1993) (Almagro Gorbea, 1992).

En el caso de Casa del Carpio el contexto y el análisis tipocronológico no permiten por el momento remontar la cronología más allá del siglo VII a.C., por lo que cabría considerar la presencia de los objetos de hierro como importaciones procedentes del área colonial fenicia.

En el segundo nivel del enterramiento se realizó la inhumación de dos individuos (una mujer y un recién nacido) en el nivel intermedio de la tumba. Este ritual de amplia pervivencia en el valle del Tajo se complementó con el depósito de restos de fauna, también de larga tradición en las prácticas funerarias de la Meseta, que fueron interpretados como ofrendas alimenticias. En este caso se identificaron restos pertenecientes a una oveja adulta y a un cordero de pocos días.

Es en el tercer nivel del enterramiento donde, con toda probabilidad, se realizó la última ceremonia del ritual funerario, una vez depositados los cadáveres en el nivel intermedio de la fosa. Los materiales documentados *in situ* en el tercer nivel del enterramiento, el más superficial, comprendían seis grandes recipientes de almacenaje a mano, una clepsidra (Pereira, 2006) y un numeroso conjunto de cuencos a mano de delicada factura, decorados con motivos decorativos geométricos con pintura bicroma, post-cocción, similares a los documentados en el ajuar de los individuos inhumados. Terminada la ceremonia, la tumba se cerró posiblemente con un túmulo, del que quedan pocas evidencias por la acción de las aguas del embalse de Azután, que desde el año 1966 cubren habitualmente la zona donde se localizó el enterramiento.

La propuesta de reconstrucción de un ritual de libación para esta última fase del enterramiento de la Casa del Carpio, se fundamenta en la funcionalidad de los elementos cerámicos contextualizados en el nivel superficial del enterramiento. Los cuencos, depositados formando pequeños grupos, presentan una cuidada factura, una decoración bicroma de complejos motivos geométricos, junto con perforaciones post-



200

Figura 3. Recepción y reelaboración de influencias del ámbito colonial a partir de los materiales del enterramiento de la Casa del Carpio.

cocción en el estrangulamiento del borde, que permitían la suspensión del cuenco y la exhibición de su decoración con un cierto carácter heráldico. Estas características hacen suponer que la funcionalidad de dichos cuencos era meramente ceremonial. Su utilización cotidiana como recipiente eliminaría su rica decoración pintada postcocción. Su hallazgo en el nivel superficial de la tumba es coherente con su carácter ceremonial y se puede interpretar como la última ofrenda de los asistentes al sepelio. La asociación de los cuencos con grandes vasijas de almacenaje y una clepsidra –cuya etimología literal es la de captador o ladrón de agua– permite proponer la utilización de los cuencos antes de su depósito en un ritual en el que se utilizaron como recipientes de algunos de los líquidos contenidos en las vasijas, que fueron distribuidos con la clepsidra.

Una primera propuesta de interpretación apunta hacia un ritual de procedencia colonial como sería la libación, celebrado con elementos de clara tradición indígena, salvo algunos de los

motivos decorativos documentados. Sin embargo, se podría manejar otra interpretación, como la utilización e intercambio de vasos con rica decoración geométrica en el transcurso de banquetes en los que se consumen alimentos y bebidas en el marco de ceremonias en las que se establecen o reafirman acuerdos, personales, comerciales o políticos. Desde esta óptica el ritual celebrado en el enterramiento de la Casa del Carpio se identificaría más con una tradición autóctona que con influencias de los rituales del complejo colonial oriental.

Sin embargo, en este por el momento *unicum* que constituye el enterramiento de la Casa del Carpio, una de las características de los elementos de ajuar que más destaca es la impresión de hallarnos ante uno de los múltiples resultados de un proceso de contacto, interacción y reelaboración de influencias del mundo colonial (figura 3). Esta interpretación, que se basa en la evidencia tipológica del ajuar personal, en el que destacan dos piezas de hierro, un vaso de plata, un alabastrón, elementos de adorno per-

sonal típicos del área tartésica y un caldero o brasero de bronce, ha sido significativamente matizada a partir de un estudio de su composición y tecnología. Los resultados del estudio señalan como centro de producción de las piezas de bronce analizadas un taller extremeño (Montero, 2001: 288), a lo que habría que añadir que el análisis de los fragmentos de lo que se identificó como un brasero o caldero pertenecen en realidad a dos recipientes distintos, en uno de los cuales la metalografía identificó áreas que habían estado expuestas a la acción del fuego, al igual que el vaso de plata y un brazalete de bronce (Montero, Rovira, 2002). Este tipo de huellas se han interpretado no como el uso regular del recipiente bajo la acción del fuego en un ritual o actividad doméstica, sino como producto de un accidente o una acción enmarcada en un ambiente de conflicto. Si a estos resultados añadimos un análisis pormenorizado de la morfología y contexto del resto de los materiales, nos encontramos con una serie de elementos que se pueden interpretar en el marco de un proceso de imitación, como los grandes recipientes cerámicos a mano que, como en el caso del *pithos*, es el segundo caso junto con el de Figueira da Foz en el que se constata la fabricación a mano de un prototipo fenicio a torno.

A estos elementos podemos sumar otras evidencias, como las complejas decoraciones bicromas y monocromas que presenta el numeroso lote de cuencos a mano –más de 30 ejemplares–, entre las que cabe destacar una decoración en greca bicroma de uno de los cuencos. Este motivo tan inusual en el repertorio indígena permite volver a plantear la hipótesis de la llegada de motivos decorativos en materiales poco resistentes, como los tejidos, que pudieron ser incorporados como en este caso a soportes más duraderos como la cerámica (Romero, Ramírez, 1996). Otros elementos, como la decoración de botones de bronce en una pieza que parece una imitación de redomas de perfumes, o una pieza de cerámica que recuerda el emblemático lingote o piel de toro extendida, muestran una iconografía con indudables vinculaciones con el mundo colonial meridional.

La interpretación que centra en un solo personaje la responsabilidad de la llegada de distintos tipos de influencias se va desdibujando en el

análisis del contexto funerario, pero también en la reflexión de que en el ritual funerario el protagonismo activo lo detentan distintos personajes que participan de ceremonias que les han de ser familiares en su desarrollo y significado por lo menos para un sector de los mismos. La complejidad del contexto funerario de Casa del Carpio, en el que se documentó un ritual de larga tradición en el valle del Tajo como la inhumación y el depósito de ofrendas alimenticias, que se combina con los elementos materiales que se interpretan como pertenecientes a un ritual de libación, ilustra perfectamente este momento. Así pues, pese al reducido volumen de las evidencias arqueológicas, el análisis de las mismas desvela el desarrollo de un proceso de interacción en la cuenca del Tajo, frontera septentrional u occidental según optemos por uno de los dos ejes responsables de la transmisión de influencias coloniales, en el que no cabe descartar la presencia de un contingente demográfico no local. Este proceso evidencia una cierta complejidad en cuanto a variedad y ritmo en las transformaciones, y con paralelos muy sugerentes en algunos de los conjuntos funerarios clásicos del área nuclear tartésica, como Setefilla (Pereira, 2002).

Un elemento más a tener en cuenta para matizar este complejo proceso procede del entorno del vado de Talavera de la Reina, y está formado por una serie de piezas metálicas que historiográficamente constituyen la primera noticia sobre la toréutica orientalizante en la península Ibérica (Pereira, 2001). El conjunto de Las Fraguas está formado por varias piezas de bronce –jarro, brasero y timiaterio– que, en opinión de algunos investigadores, eran privativas de los individuos principales de las elites locales, tanto en el área tartésica como en su *hinterland* (Aubert, 1984).

En el caso de las dos primeras piezas, la asociación jarro-brasero parece formar un conjunto básico en los ajuares de los contextos funerarios más relevantes del periodo orientalizante peninsular (figura 4). En estos contextos los investigadores han resaltado su doble papel, como bien de prestigio usado en vida por su propietario y como elemento protagonista de algunas de las ceremonias funerarias vinculadas al fallecimiento de este (Jiménez Ávila, 2002). En distintos lu-

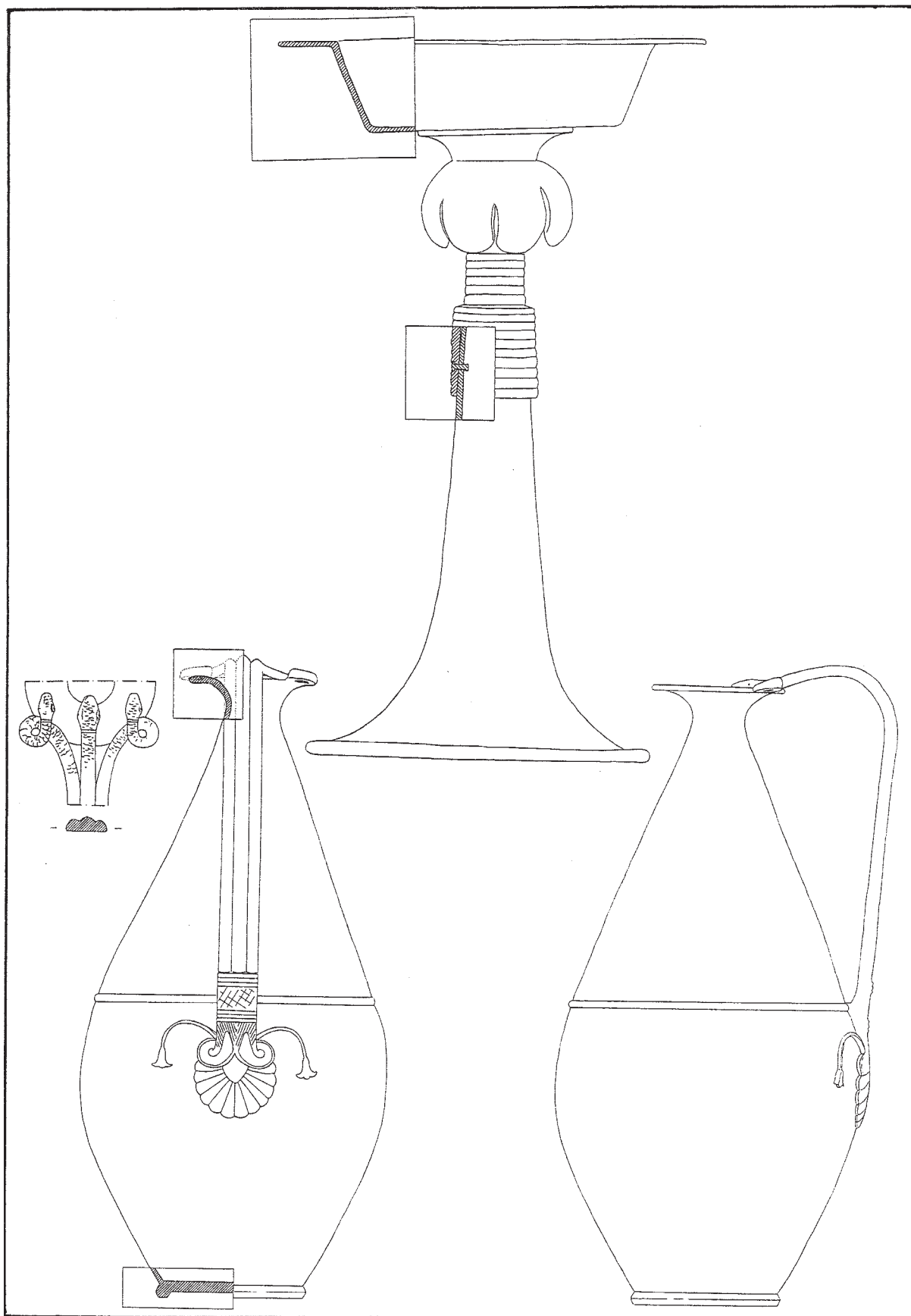


Figura 4. Conjunto de las Fraguas. Timiaterio E.2/3. Jarro E. 1/2. Según Jiménez Ávila (2002).

gares del Mediterráneo interconectados por el comercio fenicio, estos objetos de lujo se adscriben a personajes de elevado rango, lo que llevaría a considerar que en las comunidades indígenas de la Península este «equipo ritual» aparece no solo como objetos de lujo sino como un vector de transmisión de una concepción y simbología del poder que se difunde entre las elites locales del área tartésica y su *hinterland*. En el caso concreto de Las Fraguas, se suma a este ajuar canónico de las elites tartésicas, un timiaterio, que suele interpretarse como un indicativo del carácter sacro de su propietario (Pereira, 2006: 165 y ss.). Podemos especular sobre este conjunto que si formara parte de un ajuar funerario debería corresponder a un personaje de elevado estatus, similar al del único paralelo documentado hasta el momento, la tumba 17 de la necrópolis de La Joya, en Huelva (Garrido, Orta, 1978).

Sin embargo, las referencias sobre la exacta localización y el contexto del hallazgo de Las Fraguas son escasas ya que sólo se indica la presencia en superficie, junto con los fragmentos del «braser», de restos cerámicos cuyas características técnicas no se precisan. Por lo tanto, su posible pertenencia a un enterramiento es una hipótesis por confirmar. Las excavaciones de los años 1987 y 1988 han permitido delimitar distintos tipos de estructuras de habitación en la parte superior del cerro de Las Fraguas dentro del complejo de Arroyo Manzanas. Se han documentado restos de muros, manchas de ceniza, escasos restos metálicos, faunísticos y cerámicas a mano pintadas con decoración bicroma semejantes a las documentadas en el enterramiento de Casa del Carpio. En la ladera del cerro las estructuras se hacen más complejas, ya que corresponden a dos fases de ocupación de un asentamiento caracterizado por la reutilización de estructuras y su posición dominante sobre la amplia vega del Tajo, que se extiende a sus pies, en un paisaje que recuerda a Los Alcores de Carmona (Moreno, 1990b).

La interpretación contextual y funcional del conjunto de Las Fraguas sigue pues abierta, ya que sin descartar su posible pertenencia a un enterramiento, podemos proponer a partir del panorama de la investigación actual su utilización y depósito en lugares relacionados con el

poder político, económico o religioso (Almagro Gorbea, 1996; Izquierdo, Escacena, 1998). Por lo que se refiere al conjunto de bronce de Las Fraguas, en el mapa de dispersión de los paralelos de sus dos piezas mejor documentadas –jarrro y timiaterio– destaca su distribución tan individualizada, tanto en el Bajo Guadalquivir, salvo el caso de La Joya, como por las cuencas del Guadiana y el Tajo, llegando a cruzar el Sistema Central. Esta distribución tan puntuada permite plantear la hipótesis de que se trata de bienes, destinados a un cliente concreto, conocido o no, del que se supone su preeminencia en la estructura social de su comunidad, lo que facilita su adquisición, bien por su capacidad económica, bien como tributo o «presente diplomático». Dicho cliente es muy posible que no adopte *sensu stricto* las implicaciones ideológicas de este tipo de ajuares sacros, destinándolos, bien en el ámbito cotidiano bien en el del más allá, a la consolidación de su estatus personal (Pereira, 2002: 273).

Sin embargo, más allá de su interpretación particular, tanto el conjunto de las Fraguas como el enterramiento de la Casa del Carpio, muestran la existencia de una clase dirigente en las comunidades indígenas que ejerce un control no solo en el ámbito territorial y social, sino también en el de los intercambios con el exterior, haciendo exhibición de bienes de prestigio procedentes del ámbito de las relaciones de intercambio, así como la asunción o reelaboración de nuevos elementos simbólicos que consoliden la estructura social jerarquizada en la que ejercen el poder. Esta estructura se manifiesta también en la ocupación consolidada del territorio, cuyos centros preferenciales van a ser las áreas inmediatas a los vados del Tajo, como es el caso de Arroyo Manzanas en el de Talavera de la Reina y el Cerro de la Mesa en el vado de Puente Pinos.

El caso del Cerro de la Mesa resulta particularmente significativo (figura 5). Localizado en la margen derecha del Tajo, en una clara posición de dominio del vado de Puente Pinos, con un escarpe de más de 20 metros de diferencia sobre la cota del río, este asentamiento con una extensión de unas 2 hectáreas se configura como un poblado, fortificado con un sistema de murallas y bastiones de planta rectangular y se-



1



2

204



3

Figura 5. 1: El Cerro de la Mesa sobre el vado de Puente Pinos. 2: Situación del Cerro de la Mesa con la cota del embalse de Azután en el límite occidental del yacimiento. 3: Vista desde el oeste de las excavaciones en el Cerro de la Mesa.

micircular, documentados con mayor precisión en el sector oriental del mismo (Ortega, Del Valle, 2004). La muralla y la propia configuración del cerro hacen que su silueta sea perfectamente distinguible del entorno y que se aprecie bien la distancia y desnivel que lo separaban del curso del río. Si bien los trabajos de excavación arqueológica han descubierto prioritariamente estructuras de habitación y urbanismo de la fase de ocupación del Hierro II atribuible a la cultura vettona, en algunos sectores del yacimiento se ha podido documentar la fase inicial de la ocu-

pación del asentamiento en la que se constata la concepción del mismo como un asentamiento fortificado. Ubicado en una posición estratégica de control del vado, justo en el lugar donde se tienen referencias del hallazgo de una o dos espadas tipo Ría de Huelva, la inversión de trabajo que supone en un momento inmediatamente posterior al depósito fluvial la construcción de su perímetro amurallado, se corresponde con un mayor control y organización del poblamiento por las comunidades asentadas en el territorio de los vados del Tajo.

El mayor control del territorio, reclamado no solo por la ubicación de los asentamientos, sino también por la ubicación de manifestaciones funerarias de especiales características por su entidad estructural –no se descarta la existencia de un túmulo sellando la tumba de Casa del Carpio–, supone para la clase dirigente de estas comunidades el control de los ámbitos de intercambio y el acceso a una serie de bienes de prestigio que contribuyen a reforzar su posición tanto en su ámbito de actuación diaria como en la relación y control con los agentes comerciales exteriores en los primeros momentos del periodo orientalizante.

La fase siguiente del proceso de contacto entre las comunidades indígenas de estos territorios y los distintos tipos de influencias directas o indirectas procedentes de un horizonte colonial que también ha evolucionado, supone un mayor grado de aceptación y posiblemente de reelaboración en un proceso interactivo, de elementos tanto del nivel material como del simbólico.

En el caso del asentamiento que controlaba el vado del Tajo en Talavera la Vieja (Jiménez Ávila, González, 1999: 186), las evidencias arqueológicas procedentes de hallazgos superficiales efectuados durante una bajada del nivel de las aguas del embalse de Valdecañas, muestran en primer lugar que la proporción de cerámicas a mano frente a las fabricadas a torno es netamente inferior, con perfiles y tratamientos claramente enmarcados en la tradición alfarera indígena del valle del Tajo y la Meseta Sur. Las cerámicas a torno se encuadran en tres categorías. La primera corresponde a cerámicas sin especial tratamiento superficial dedicadas al almacenaje, y actividades de cocina. La segunda

comprende las cerámicas de pastas rojizas, superficies con acabados espatulados y colores entre pardo y castaño más o menos claro, mientras que tipológicamente dominan los platos de perfil semiesférico y labio ligeramente engrosado, con paralelos abundantes en el área extremeña tanto durante la fase orientalizante como postorientalizante (Lorrio, 1988-1989; Celestino, Jiménez, 1993). El conjunto de cerámica a torno más numeroso es la cerámica gris, en diversas tonalidades y tratamientos superficiales, mientras que en el apartado formal predominan sobre todo los cuencos de borde engrosado ligeramente vuelto, y los platos de perfil carenado, cuyos paralelos más claros nos remiten a los yacimientos extremeños de Medellín y Cancho Roano (Lorrio, 1988-1989). La cronología atribuida a este conjunto de cerámicas se corresponde con la fase II de Medellín, que se fecha a mediados del siglo VI a.C. (Lorrio, 1988-1989: 309).

El otro asentamiento donde se ha documentado la consolidación del Orientalizante durante la primera edad del hierro es el ya citado Cerro de la Mesa, en el vado de Puente Pinos. La excavación en un pequeño sector de la fortificación meridional documentó dos estancias de una estructura más amplia, separadas por una estructura de adobe que podía ser un poyete o un muro de separación. En una de estas estancias se localizaron dos pavimentos de arcilla que presentaban huellas de endurecimiento por calor. El pavimento más reciente presenta una placa de arcilla enmarcada por un reborde de adobes de color amarillento que en planta muestra el diseño característico de una piel de bovino extendida o «lingote chipriota», en cuya superficie se aprecian cuatro líneas que se cruzan en el centro de la placa de arcilla (Jiménez Ávila, González, 1999: 178). Este tipo de placas que aparecen vinculadas a espacios sacros tiene un alto valor simbólico en todo el Mediterráneo, y en la península Ibérica, como en Coria del Río, El Carambolo Alto (Escacena, Izquierdo, 2001) o Cancho Roano (Celestino, 1994). Un reciente estudio cuestiona el tópico de que los altares en forma de piel de buey sean indicativos mecánicos de la religión fenicia, apuntando como explicación más probable el carácter sagrado que se confiere a la piel del animal, que se considera

la ofrenda más prestigiosa en un sacrificio o el bien más apreciado de los intercambios comerciales (Marín, 2006) en el ámbito del Mediterráneo.

En la estancia vecina al lugar donde se encontró la placa en forma de piel se documentaron una serie de vasijas de almacenaje a torno y uno a mano que presentaban la particularidad de utilizar cuencos y platos de cerámica gris de cuidada factura como tapaderas de los mismos. El recipiente a mano presenta unas características en cuanto a su morfología y tratamiento diferenciado de las superficies, que tienen como paralelos más directos las urnas de almacenaje del nivel superficial de la tumba de la Casa del Carpio. En cuanto a los recipientes a torno, la mayoría corresponden a vasijas de tipo anforoi-de de base plana con juegos de tres y cuatro asas de doble y triple sección que arrancan desde un hombro más o menos marcado. Se completa este repertorio formal con una pequeña urna derivada del tipo Cruz del Negro con la salvedad de que las asas no arrancan desde el cuello sino también desde el hombro, como en el prototipo andaluz. Presentan una decoración pintada a base de bandas horizontales y paralelas que delimitan amplias zonas sobre las que aparecen otros motivos decorativos como círculos y semicírculos concéntricos, ondulados verticales, y un motivo en zigzag (Pereira, 2006: lám. III). Los cuencos y el plato de cerámica gris que actuaban como tapaderas presentan una cuidada factura, y en dos de los casos presentan también sendos grafitos incisos en forma de aspas. La cronología propuesta para la fase a la que pertenece este interesante conjunto de posible funcionalidad ritual sería la de inicios del siglo VI a.C, y se vería confirmada en parte por la tipología de los platos y cuencos grises que tienen sus paralelos más claros en la Fase II de Medellín (Lorrio, 1988-1989).

Por último, para cerrar el panorama conocido sobre la primera edad del hierro, cabe reseñar el hallazgo de dos enterramientos de incineración en la Calera de Fuentidueña, término de Azután, en la margen izquierda del Tajo a menos de un kilómetro del Cerro de la Mesa. Las noticias que hay sobre el hallazgo mencionan dos vasijas cerámicas que contenían cenizas y huesos con dos fíbulas de bronce como único ajuar, que a la

postre son lo único que se conserva del hallazgo. De las dos fíbulas anulares se conserva casi completa una de ellas, a la que solo falta la aguja, mientras que de la segunda solo se conserva el puente decorado con puntos, líneas paralelas y enrejados romboidales, y parte de la mortaja. Si bien la cronología para este tipo de piezas es de difícil precisión por su larga pervivencia, una cronología de mediados del siglo VI a.C. parece probable para los ejemplares de Azután (Fernández-Miranda, Pereira, 1992: 70).

Como señalábamos al principio el registro arqueológico que ilustra la transición del bronce

final a la primera edad del hierro de las comunidades del sector occidental de la Cuenca del Tajo, todavía presenta importantes lagunas e imprecisiones, así como una necesidad perentoria de prospecciones y excavaciones sistemáticas que permitan encuadrar y matizar este proceso. Sin embargo, sí parece que a partir de este registro arqueológico podemos sugerir con bastante fundamento los territorios que desarrollaron un mayor protagonismo en dicho proyecto y el agente catalizador de dicho proceso: los vados del Tajo y los contactos con el mundo colonial fenicio.

Bibliografía

206

- ALMAGRO GORBEA, M. (1977). *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*. Madrid (Bibliotheca Praehistorica Hispana, XIV).
- (1993). «La introducción del hierro en la península Ibérica. Contactos precoloniales en el período protorientalizante». *Complutum* (Madrid), 4, p. 81-94.
- (1996). *Ideología y poder en Tartessos y el mundo ibérico*. Madrid: Real Academia de la Historia.
- ÁLVAREZ SANCHÍS, J. (2003). *Los Vettones*. 2.ª ed. Madrid: Real Academia de la Historia (Bibliotheca Archaeologica Hispana, 1).
- ARRUDA, A. M. (2000). *Los fenicios en Portugal. Fenicios y mundo indígena en el centro y sur de Portugal*. Barcelona: Universidad Pompeu Fabra.
- AUBET, M. E. (1984). «La aristocracia tartésica durante el periodo orientalizante». *Opus*, III, p. 445-468.
- (1991). «El impacto fenicio en Tartessos: Las esferas de interacción. La cultura tartésica en Extremadura». *Cuadernos Emeritenses*, 2, p. 29-44.
- BANDERA, M. L. (1989). *La joyería prerromana en la provincia de Sevilla*. Sevilla: Diputación Provincial de Sevilla.
- BELÉN, M., PEREIRA, J. (1985). «Cerámicas a torno con decoración pintada en Andalucía». *Huelva Arqueológica* (Huelva), VII.
- CARRASCO, J., PACHÓN, J. A. (2006). «La fíbula de codo tipo Huelva. Una aproximación a su tipología». *Complutum*, 17, p. 103-119.
- CELESTINO, S. (1994). «Los altares en forma de «lingote chipriota» de los santuarios de Cancho Roano». *Revista de Estudios Ibéricos*, 1, p. 291-304.
- (2001). *Estelas de guerrero y estelas diademadas. La precolonización y formación del mundo tartésico*. Barcelona: Bellaterra.
- , BLANCO, J. L. (2006). *La joyería en los orígenes de Extremadura: el espejo de los dioses*. ATACINA / Instituto de Arqueología de Mérida.
- CELESTINO, S., JIMÉNEZ, J. (1993). *El palacio-santuario de Cancho Roano IV. El sector norte*. Badajoz.
- (2004). «El conjunto orientalizante de Talavera la Vieja (Cáceres). Estudio preliminar». En: PEREA, MONTERO, GARCÍA-VUELTA (eds). *Tecnología del oro antiguo: Europa y América*. Madrid (Anejos del Archivo Español de Arqueología, XXXII), p. 197-208.
- CHAPA, T., PEREIRA, J. (2006). «El Cerro de la Mesa (Alcolea del Tajo, Toledo): un vado perdido». *Zona Arqueológica*, 7 (2), p. 121-132.
- COSTA, I. M. (1973). «O Tesouro púnico-tartésico do Gaio (Sines). Novos achados». *Actas das II Jornadas Arqueológicas da Associação dos Arqueólogos Portugueses*, vol. 2. Lisboa, p. 97-120.

- DELGADO, A., PÁRRAGA, M., RUIZ, A. (1991). «Nuevas tumbas fenicias en la provincia de Málaga». *Revista de Arqueología*, 123 (julio), p. 16-21.
- ENRÍQUEZ, J. J., DOMÍNGUEZ, C. (1991). «Restos de una necrópolis orientalizante en la desembocadura del río Aljucen (Mérida, Badajoz)». *Saguntum*, 24, p. 35-52.
- ESCACENA, J. L. (2000). *La arqueología protohistórica del Sur de la Península Ibérica. Historia de un río revuelto*. Madrid: Editorial Síntesis.
- , IZQUIERDO, R. (2001). «Oriente en Occidente: arquitectura civil y religiosa en un "barrio fenicio" de la Caura tartésica». En: RUIZ MATA, D., CELESTINO, S. (eds.). *Arquitectura oriental y orientalizante en la península Ibérica*, p. 123-157.
- FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. (1986). «La estela de las Herencias (Toledo)». *Estudios en homenaje al Dr. Antonio Beltrán Martínez*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza, p. 463-475.
- , PEREIRA, J. (1992). «Indigenismo y orientalización en la tierra de Talavera». *Actas de las Primeras Jornadas de Arqueología de Talavera de la Reina y sus Tierras*. Diputación Provincial de Toledo, p. 57-94.
- GALÁN, E. (1993). *Estelas, paisaje y territorio en el Bronce Final del suroeste de la península Ibérica*. Madrid: Universidad Complutense (*Complutum* extra, 3).
- GARCÍA HUERTA, R., RODRÍGUEZ, M. (2000). «La génesis del Mundo Ibérico en la submeseta sur: El tránsito del Bronce Final-I Edad del Hierro en Alarcos». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 26, p. 47-68.
- GARRIDO, J. P., ORTA, E. M. (1978). *Excavaciones en la necrópolis de La Joya. Huelva*. Madrid (Excavaciones Arqueológicas en España, 96).
- IZQUIERDO, R., ESCACENA, J. L. (1998). «Sobre el Carambolo: la trompeta de Argantonio». *Archivo Español de Arqueología*, 71, p. 27-36.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J. (2002). *La toréutica orientalizante en la península Ibérica*. Madrid: Real Academia de la Historia (Bibliotheca Archaeologica Hispana, 16).
- , GONZÁLEZ, A. (1999). «Referencias culturales en la definición del Bronce Final y la Primera Edad del Hierro de la Cuenca del Tajo: el yacimiento de Talavera la Vieja, Cáceres». *II Congreso de Arqueología Peninsular. Primer Milenio y Metodología*, vol. III. Universidad de Alcalá. Fundación Rei Afonso Henriques, p. 181-190.
- JIMÉNEZ DE GREGORIO, F. (1966). «Hallazgos arqueológicos en la provincia de Toledo». *Archivo Español de Arqueología*, XXXVIII, p.185-187.
- LORRIO, A. (1988-1989). «La cerámica gris orientalizante de la necrópolis de Medellín (Badajoz)». *Zephyrus*, XLI-XLII, p. 283-314.
- LUCAS, R. (1995). «Cerámicas con apliques de metal». *Boletín Asociación Amigos de la Arqueología*, 35, p. 107-122.
- MARÍN, M. C. (2006). «De dioses, pieles y lingotes». *Habis*, 37, p. 35-53.
- MARTÍN, A. M. (1998). «Evidencias del comercio tartésico junto a puertos y vados de la Cuenca del Tajo». *Archivo Español de Arqueología*, 71, p.35-52.
- (1999). *Los orígenes de Lusitania. El I Milenio a.C. en la Alta Extremadura*. Madrid: Real Academia de la Historia (Bibliotheca Archaeologica Hispana, 2).
- MASCORT, M. T., SANMARTÍ, J., SANTACANA, J. (1991). *El jaciment protohistòric d'Aldovesta i el comerç fenici arcaic a la Catalunya meridional*. Tarragona.
- MATA CARRIAZO, J. (1973). *Tartessos y el Carambolo*. Madrid.
- MÉNDEZ, A., VELASCO, F. (1986). «Alarilla. Una propuesta de metodología arqueológica». *Arqueología Espacial*, 9 (Coloquio sobre el microespacio). Teruel, p. 17-32.
- MONTERO, I. (2001). «Estudios sobre metalurgia antigua en la provincia de Toledo: el proyecto arqueometalurgia de la península Ibérica». *II Congreso de Arqueología de la Provincia de Toledo. La Mancha Occidental y la Mesa de Ocaña*. Diputación Provincial de Toledo, p. 288.
- , ROVIRA, S. (2002). «Estudios sobre metales arqueológicos quemados». En: ROLDÁN, C. (ed.) *IV Congreso Nacional de Arqueometría*. Valencia.
- , VELASCO, F. (2001-2002). «Hacha de apéndices laterales de Arroyo Manzanas (Toledo)». *Cuaderna. Revista de Estudios Humanísticos de Talavera y su Antigua Tierra*, 9-10, p. 6-11.
- MORALEDA, A., PACHECO, C. (1998). «Aportación al estudio de las estelas decoradas en el occidente toledano: la estela de guerrero de Aldeanueva de San Bartolomé». *Cuaderna*, 6, p. 5-16.

- MORENO, F. (1990a). «La estela de Arroyo Manzanas (Las Herencias II, Toledo)». *Gerión*, 13, p. 275-294.
- (1990b). «Notas al contexto arqueológico de Arroyo Manzanas (Las Herencias, Toledo)». *Actas del Primer Congreso de Arqueología de la Provincia de Toledo*. Toledo, p. 277-308.
- ORTEGA, J., VALLE, M. DEL (2004). «El poblado de la Edad del Hierro del Cerro de la Mesa (Alcolea de Tajo, Toledo). Primeros resultados». *Trabajos de Prehistoria*, 61 (1), p. 175-185.
- PACHECO, C., LÓPEZ, M., FERNÁNDEZ, J. M. (2004). «La estela de guerrero de Aldeanueva de San Bartolomé II». *Cuaderna*, 12-13, p. 25-37.
- PACHECO, C., MORALEDA, A., ALONSO, M. (1999). «Una nueva estela de guerrero en Toledo: la estela de Aldeanueva de San Bartolomé». *Revista de Arqueología*, 213, p. 6-11.
- PAVÓN, I. (1998). *El tránsito del II al I Milenio a.C. en las cuencas medias de los ríos Tajo y Guadiana: La Edad del Bronce*. Cáceres: Universidad de Extremadura.
- PELLICER, M. (2000). «El proceso orientalizante en el Occidente ibérico». *Huelva Arqueológica*, 16, p. 91-134.
- PENEDO, E., SÁNCHEZ, M., MARTÍN, D., GÓMEZ, E. (2001). «La necrópolis de incineración de la Primera Edad del Hierro en el Arroyo Culebro (Leganés)». *Vida y muerte en Arroyo Culebro (Leganés)*. Madrid: Museo Arqueológico Regional, p. 45-70.
- PEREIRA, J. (1989). «Nuevos datos para la valoración del hinterland tartésico. El enterramiento de la Casa del Carpio (Belvís de la Jara)». En: AUBET, M. E. (coord.). *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*. Edit. AUSA, p. 395-409.
- (2001). «Primeras noticias sobre la toréutica orientalizante en la península Ibérica. El informe de Jiménez de la Llave». *Complutum*, 12, p. 345-354.
- (2002). «Interacción en el registro funerario del territorio septentrional tartésico». En: MOLINOS, M., ZIFFERERO, A. (eds.). *Primeros pueblos de Europa. Propuestas y reflexiones sobre los orígenes de la civilización en la Europa mediterránea*. Palermo-Baeza: Universidad de Bolonia, Universidad de Jaén, p. 249-263.
- (2005). «Entre la fascinación y el rechazo: la aculturación entre las propuestas de interpretación del Período Orientalizante». *Actas III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida. Protohistoria del Mediterráneo Occidental. El Período Orientalizante*. Mérida. Instituto de Arqueología de Mérida. C.S.I.C (Anejos de Archivo Español de Arqueología, XXXV), p. 167-187.
- (2006). «Una nueva forma en el repertorio cerámico protohistórico de la península Ibérica: Clepsidra». *Trabajos de Prehistoria*, 63 (1), p. 85-111.
- PEREIRA, J., ÁLVARO, E. DE (1986). «Aportes orientalizantes en el valle del Tajo». *Revista de Arqueología*, 62, p. 29-39.
- (1988). «Una tumba de transición Bronce-Hierro en la Meseta Sur. El Carpio (Belvís de la Jara, Toledo)». *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha (Ciudad Real, 1985)*, vol. III. Ciudad Real, p. 279-289.
- PEREIRA, J., RUIZ TABOADA, A., CARROBLES, J. (2003). «Aportaciones del C-14 al mundo funerario carpetano. La necrópolis de Palomar de Pintado». *Trabajos de Prehistoria*, 60 (2), p. 153-168.
- PORTELA, D., JIMÉNEZ, J. C. (1996). «Una nueva estela de guerrero. La estatua-menhir-estela de guerrero de Talavera de la Reina». *Revista de Arqueología*, 188, p. 36-43.
- ROMERO, F., RAMÍREZ, M. L. (1996). «La cultura del Soto. Reflexiones sobre los contactos entre el Duero Medio y las tierras del sur peninsular durante la Primera Edad del Hierro». *Complutum Extra*, 6 (I), p. 313-326.
- RUIZ-GÁLVEZ, M. (1984). *La península Ibérica y sus relaciones con el círculo cultural atlántico*. Madrid: Universidad Complutense.
- (1995). «El significado de la Ría de Huelva en el contexto de las relaciones de intercambio y de las transformaciones producidas en la transición del Bronce Final/Edad del Hierro». En: RUIZ-GÁLVEZ, M. (ed.). *Ritos y puntos de paso. La Ría de Huelva en el Mundo del Bronce Final Europeo*. Madrid: Universidad Complutense (*Complutum extra*, 5), p. 129-155.
- , GALÁN, E. (1991). «Las estelas del Suroeste como hitos de rutas ganaderas y vías comerciales». *Trabajos de Prehistoria*, 48, p. 257-273.
- RUIZ-GÁLVEZ, M. L. (1998). «La Europa atlántica

- en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de la Europa Occidental». Barcelona: Ed. Crítica.
- SANTOS, A. (1907). «Estações Pre-Romanas da Idade do Ferro nas visinhanças da Figueira da Foz». *Portugalia*, vol. II. Porto.
- URBINA, D., URQUIJO, C., GARCÍA VUELTA, O., SÁNCHEZ, A. (1992). «Introducción al estudio de las fuentes de abastecimiento de hierro en el yacimiento prerromano de Arroyo Manzanas». *Actas de las Primeras Jornadas de Arqueología de Talavera de la Reina y sus Tierras*. Diputación de Toledo.
- VILAÇA, R. (2006). «Artefactos do ferro em contextos do Bronze Final do território português: Novos contribuíos e reavaliação dos dados». *Complutum*, 17, p. 81-101.

